

pequeños. Las obligaciones públicas de la piedad se abandonan, todo cae y desfallece, si la religion del príncipe y de los grandes no lo sostiene y reanima. En este caso se halla el interes del culto mezclado con el del estado, donde importa al Soberano conservar, asi las exterioridades augustas de la religion, como la unidad de su doctrina, pues estas dos cosas por sí solas sostienen el trono, y el acostumar los súbditos á prestar á Dios, á la religion y á la iglesia el respeto y sumision que les son debidos, no sea que se la nieguen á él. Las turbaciones de la iglesia nunca estan lejos de las del estado, porque no se respeta el yugo de las potestades, cuando se ha llegado á sacudir el de la fe. Y por mas que la heregía quiera lavarse de esta mancha, lo cierto es que en todas partes ha encendido la tea de la sedicion; y que nacida en la rebelion, y trastornando los fundamentos de la fe ha conmovido los tronos y los imperios; y donde quiera que ha formado sectarios, ha hecho rebeldes. Por mas que alegue que las persecuciones de los prin-

cipes pusieron en sus manos las armas de una justa defensa; nunca la iglesia opuso á las persecuciones sino la paciencia y la resignacion; porque su fe fué la única arma con que venció los tiranos, y no multiplicó sus discípulos derramando la sangre de sus enemigos; la de sus mártires fué por sí sola la semilla de sus fieles. Sus primeros doctores no fueron enviados al mundo como leones para llevar tras sí el destrozo y los estragos, sino como corderos que debian ser degollados; probaron la verdad de su mision muriendo por la fe, pero no combatiendo. Debian ser conducidos ante los reyes para ser juzgados como criminales, y no para presentarse á ellos con las armas en la mano obligándoles á que los favoreciesen, porque respetaban el cetro aun en manos profanas é idólatras, y les hubiera parecido que deshonoraban y destruian la obra de Dios, valiéndose de medios humanos para fundarla,

Los príncipes aseguran su autoridad afianzando la de la religion; por eso el culto les debió su primera magnificencia,

y así fué que bajo el mayor rey de la raza de David, vió el templo del Señor revivir su gloria y su magestad. Los emperadores desde Constantino sacaron la iglesia de la oscuridad en que la habían puesto las persecuciones; y así es que los Carlomagnos, los San Luises aumentaron el esplendor de su reinado, ensalzando el del culto; y los monumentos públicos de su piedad que el tiempo no ha podido destruir y que aun respetamos, honran mas su memoria, que las estatuas y las inscripciones, que inmortalizando victorias y conquistas solo inmortalizan, por lo comun, la vanidad de los príncipes y la desgracia de sus pueblos.

Pero los motivos mismos que obligan á los grandes á sostener la magestad y la decencia exterior del culto, los constituyen al mismo tiempo protectores de la santidad de sus máximas; y así es preciso que enseñen al pueblo á respetar la piedad, respetando ellos mismos á los que la practican; pues esta es una proteccion pública que deben dar á la virtud.

Si, Señor, los hombres honrados son el único recurso para la prosperidad y bien estar de los imperios, pues por solo aquellos concede Dios á los pueblos la abundancia y la tranquilidad; y por eso no hubiera llovido fuego del cielo sobre Sodoma, si se hubieran hallado en ella diez justos. El estado pereceria, el trono caeria, nuestras ciudades destruidas y reducidas á ceniza y tendríamos la misma suerte que Sodoma y Gomorra, si Dios no viese todavía entre nosotros algunos fieles siervos, si no hubiese dejado tambien una santa semilla, y quizá si la inocencia del augusto y precioso niño, único resto que nos queda de la sangre de nuestros reyes, no detuviese el rayo que la disolucion pública de nuestras costumbres hubiera ya hecho caer sobre nuestras cabezas: *Nisi Dominus reliquisset nobis semen, sicut Sodoma facti essemus, et sicut Gomorrha similes fuissetus.* (Rom. IX, 29). Los príncipes, Señor, tienen pues el mayor interes en proteger la virtud; porque los imperios y las monarquías y

todo el universo no subsistirán, sino en cuanto haya virtud en el mundo.

Pero no solo deben, Señor, los príncipes honrar á los buenos con un simple respeto, sino tambien con la confianza; porque no hallarán otros amigos fieles que los que lo sean á Dios; deben igualmente honrarlos con los empleos públicos, porque la autoridad no está segura ni en buenas manos, sino en aquellos que le temen; con preferencias, porque los grandes talentos son algunas veces los mas peligrosos, si el temor de Dios no los hace útiles; con el acceso de sus personas, porque la familiaridad no tiene que temer de los que respetarian aun nuestros desaires y mal trato, y por último con las gracias, porque los beneficios no pueden formar ingratos de aquellos que nos aman por deber y conciencia.

Es una gran felicidad, Señor, para un siglo, para un imperio y para los pueblos, cuando Dios les da en su misericordia, príncipes favorables á su piedad; pues por ellos los talentos úti-

les á la iglesia se desarrollan, se forman y tienen proteccion los obreros fieles encargados de propagar la ciencia de la salvacion, de quitar los escándalos del reino de Jesucristo y reanimar la fe con obras llenas del espíritu que las ha dictado; por los mismos príncipes se establecen entre nosotros casas santas y fundaciones piadosas en que se preserva la inocencia ó encuentra un puerto feliz el vicio escapado del naufragio; y por ellos en fin tendrán nuestros descendientes estos recursos públicos de salud: ¡ Monumentos felices que perpetuan la piedad en los imperios, que aseguran á los príncipes la gratitud de las edades futuras y que las interesan por ellos, haciéndoles los héroes de todos los siglos!

La gloria, Señor, de los monumentos que el orgullo ó la adulacion hayan levantado, se sepultará en el olvido del tiempo, ó se borrará por la censura y por los juicios mas equitativos de la posteridad. Las generaciones futuras disputarán á los mas de los soberanos los títulos y honores que les haya dado su

siglo; pero la gloria de los socorros públicos concedidos á la piedad y que permanecerán despues de su muerte, no encontrarán réplica; y entre todos los monumentos tan justamente levantados para inmortalizar la gloria del reinado del gran monarca que todavía lloramos, los dos edificios de su augusta piedad, en uno de los cuales el valor de los hombres, y en el otro la nobleza del sexo tendrán siempre auxilios seguros y públicos, son los títulos que mas le asegurarán los elogios y las acciones de gracias de la posteridad.

Este es el zelo de proteccion que los príncipes y los grandes deben á la religion por la santidad de sus máximas; pero le deben tambien al depósito de su doctrina y de su verdad, particularmente en nuestro siglo, en que la irreligion hace tantos progresos, lo que debe avivar todavía mas su atencion y su zelo.

Confieso que todos los siglos han tenido impios, que cada época y cada nacion ha visto espíritus tétricos y soberbios que no solo han dicho secretamente en su corazon que no hay Dios,

atreviéndose á blasfemar con tanto desacatado, sino que en el tiempo de Salomon en que estaba todavía tan fresca la memoria de los milagros del Señor en Egipto y en el desierto, proponian ya, contra todo culto, las dudas impias que son hoy el language vulgar de los incrédulos.

Pero si hubo en otro tiempo impios, el mundo mismo los miró con horror; y estos enemigos de Dios no aparecieron en la tierra sino para ser, en cierto modo, el deshecho y el anátema del género humano.

Pero hoy la impiedad ha llegado á darse cierto aire de distincion y de gloria, es un título que honra, y muchas veces se le da cada uno á sí mismo por una horrible ostentacion, mientras que la conciencia se le niega y no se atreve todavía á sacudir el yugo. Hoy es un mérito que abre la entrada en casa de los grandes, que realza, por decirlo así, la bajeza del nombre y la oscuridad del nacimiento, que concede á hombres oscuros un privilegio de familiaridad para con los gefes del pueblo, de lo que se

avergüenzan nuestras costumbres mismas, á pesar de lo corrompidas que se hallan, y la impiedad que debería envilecer el esplendor y brillo del nacimiento y de la gloria, condecora la oscuridad y el estado llano. Los grandes son los que han dado crédito y protegido al impio, á ellos corresponde pues el degradarle y confundirle.

¡ Que vergüenza para la religion, hermanos míos ! los mayores hombres del paganismo hablaban con respeto de las supersticiones de la idolatría, cuya puerilidad y extravagancia conocian ; pero pensaban como los sabios y hablaban como el pueblo. No se hubieran atrevido con toda su reputacion y grandes conocimientos á insultar en público un culto tan insensato, únicamente porque su antigüedad y la magestad de las leyes del imperio le hacian respetable ; y el mismo Socrates, honor de la Grecia, primer filósofo del mundo, tan estimado de todos los siglos y que debia ser tan querido en el suyo, fué condenado á muerte por sentencia pública en Atenas, porque habia hablado con poca cir-

cunspeccion de aquellos Dioses extravagantes, á los que sus conciudadanos debian menos respeto y honor que á él mismo.

¿ Y el Dios del cielo y de la tierra es insultado públicamente entre nosotros sin que nadie murmure ? ¿ Hombres viles é ignorantes se burlan en público, bajo el imperio mismo de la fe, de una doctrina bajada del cielo ; y la impiedad es ensalzada ? ¿ En un reino en que nuestros reyes se honran con el título de cristianísimos, la incredulidad impune viene á ser un título de honor para los súbditos ? ¿ Tendrian pues los vanos ídolos, el ministerio público por vengador contra los sabios y los juiciosos, y el único Dios verdadero no lo tendrá contra los insensatos y los libertinos ?

Vengad el honor de la religion, hermanos míos, vosotros cuyos ilustres ascendientes fueron los primeros depositarios de ella, y de la que por consiguiente estais obligados á ser los primeros defensores ; alejad de vosotros al impio, y nunca tengais por amigos á los enemigos de Dios. Es muy digno de los

grandes el no tolerar que se insulte y envilezca en su presencia la fe de sus padres. Debe ser una falta de respeto á vos y á vuestra calidad, el que se insulte y envilezca la religion que profesais; porque es un lenguaje indecente que ofende el decoro y atencion que se os debe, y se os desprecia cuando delante de vosotros hay la osadía de menospreciar al Dios que adorais. No escuchéis pues los discursos de los incrédulos sino con tal indignacion que los enmudezca; porque como la vanidad es la que únicamente forma los impios, serán raros viéndose menospreciados.

Tened, vosotros mismos, un noble y religioso respeto por las verdades de la religion; porque la elevacion verdadera del espíritu es la de poder conocer toda la magestad y todo lo que tiene de mas sublime la fe, pues los grandes conocimientos nos llevan por sí mismos á la sumision; siendo asi que la incredulidad es el vicio de los espíritus débiles y limitados, y el querer saberlo todo, es el medio, de no conocer nada. Las contradicciones y los abismos de la impie-

dad son todavía mas incomprendibles que los misterios de la fe, y la razon tiene aun menos recursos para sacudir todo yugo, que para obedecer y someterse.

Vuestro respeto y vuestro zelo por la religion de vuestros padres deben cultivar y hacer que vaya en aumento el del jóven príncipe, al que por vuestros nombres y dignidades estais ligados, y cuya educacion está, por decirlo así, confiada á cuantos tienen la honra de estar mas cerca de su persona; que encuentre en vosotros los primeros testigos de la fe que sus antecesores colocaron en el trono, que el zelo por la defensa de la iglesia, que corre por sus venas como la sangre, sea tambien excitado y reanimado por vuestros ejemplos; que los primeros enemigos que se proponga combatir sean los errores y novedades profanas, y que todavía tenga mas zelo para conservar los antiguos límites de la fe que los de la monarquía.

Sea, ¡ó Dios mio! la tranquilidad de su reinado la de la iglesia, y que las

agitaciones que turban esta , se calmen antes que él pueda conocerlas; que restablecidas entre nosotros la concordia y la union , se anticipen á la severidad de sus leyes , y nada dejen que hacer á su zelo ; que su reinado lo sea de paz y de verdad , que el leon y el cordero vivan juntos pacíficamente bajo su gobierno , y que este niño milagroso como dice Isaías , los conduzca tambien y reuna en los mismos pastos : *Et puer parvulus minabit eos.* (Is. XI , 6). Que nuestras disensiones dejen de ser ya un motivo de júbilo en el campo de los infieles y de los filisteos ; y si todavía oyeren clamores en torno del arca , no sean ya los que anuncien sus peligros y nuevas desgracias , sino sus triunfos y su gloria. Amen.

SERMON

PARA

EL TERCER DOMINGO

DE CUARESMA.

Desgracias á que estan expuestos los grandes que abandonan á Dios.

Cum immundus spiritus exierit de homine , ambulat per loca inaquosa , quærens requiem , et non invenit.

Quando el espiritu inmundo ha salido de un hombre , se marcha por parages áridos buscando el sosiego , y no le encuentra. (Luc , XI , 24.)

SEÑOR,

El espíritu inquieto é inmundo que sale del hombre y vuelve á entrar en él , que muda continuamente de sitio , que ensaya todas las situaciones , y no está contento ni puede fijarse en ninguna ;